



AÑO III

← BARCELONA 1 DE DICIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 153

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL DOMINGO EN LONDRES, por Adrien Marie

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL FANATISMO DEL DIABLO (*conclusion*), por don Ramon Martinez de Fuensanta.—LA FERIA, por don Eduardo de Palacio.—NAVEGACION AÉREA; aparatos más pesados que el aire.
GRABADOS.—EL DOMINGO EN LONDRES.—UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli.—LA PLAYERA, dibujo por Llovera.—EL DINO DE LA CARIDAD.—UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville.—HELICÓPTERO.—AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN.—EXPERIMENTO DEL AEROPLANO.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: OCUPACION DE NUEVA YORK POR LAS TROPAS AMERICANAS.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La cuestion de los estudiantes.—El estudiante y el policiazo.—Madrid *en feu*.—Lo mejor de la juventud se lo lleva el tiempo.—Un nuevo académico.—Aspecto nuevo de un asunto viejo.—Cómo nació la Academia.—El hielo viene... preparad la despensa.—Una Exposicion útil.—Una Exposicion nueva.—El Teatro Real.

Madrid está en conmocion desde hace cuatro dias. Un pronunciamiento escolar, manifestaciones, carreras, sablazos, heridas, presos... hé aquí el programa y la historia. Las aulas vacías, las prevenciones de distrito llenas, Minerva llorosa, el Dios de los policiazos atusándose el bigote con alegría: no es otro el aspecto real y simbólico que ofrece la capital de España.

El origen de los sucesos es sencillo. Suele acontecer que los grandes acontecimientos tienen por causa visible una minucia. Buscad el motivo de las catástrofes militares entre los brillantes de una dama. No hallareis escrito el por qué fué destruida la cuarta pirámide de Cheops en los anales de los gigantes, sino en la lista de caprichos de una emperatriz liviana y hermosa.

Esta vez el conflicto de los estudiantes ha nacido de una causa muy pequeña: de la protesta de un mancebo contra el discurso de un doctor. Un hijo de Necedal quiso hacer sus ensayos de Papa y excomulgó a Morayta.

Los hijos de los Necedales juegan á excomulgar, como otros niños juegan al toro.

Después de todo es perfectamente legítimo el acto de Necedal, nieto.

No lo era ménos el de aquellos de sus condiscípulos que estimaron oportuno protestar contra la protesta.

Pero el agente de orden público intervino y su sable, en vez de desatar el nudo, lo embrolló más y más.

La Universidad fué atropellada por la fuerza pública, los estudiantes apaleados y heridos, maltratados los profesores y preso uno de ellos.

La juventud es pronta á la indignacion. Es una de sus virtudes, tal vez la más hermosa, esa indignacion que chispea y salta, que oprime el corazon y le hace engendrar titánicos odios, geniales ímpetus de venganza. Si cuando los años pasan y las desilusiones vienen, fuera posible al hombre conservar esa propension á lo heróico... ¡qué páginas tan bellas constituirían las crónicas de los pueblos!

El estudiante es la más simpática de todas las encarnaciones de la patria. Aquí, donde tanto se adula por todos al ejército considerándole como la primera representacion de España, no hay una frase de cariño en los discursos de los estadistas para ese mancebo que cursa las aulas, y que lleva en su cerebro toda la poesia de la primavera y en su corazon todos los estremecimientos de la inocencia.

Cuando trazo estas líneas el conflicto escolar preocupa aún mucho al gobierno.

En las calles céntricas hay afluencia extraordinaria de curiosos, en las esquinas dobles guardias de agentes de orden público.... la Universidad cerrada....

En España siempre se quiebra la cuerda por lo más delgado.

Y lo más delgado es aquí la enseñanza pública.
Tan delgado que apenas se ve.

* *

Los asuntos literarios ofrecen poca novedad.

A falta de asuntos más interesantes, las conversaciones recaen sobre la Academia Española con motivo de la eleccion probable del hermano del ministro de Fomento.

Tiempo hacia que la discusion no llegaba hasta ella. La Academia está retirada del mundo. Es una ilustre dama, con muchos jaqueles en el escudo y de excelente conducta. Se acuesta temprano, celebra reuniones los juéves y obsequia en estos dias clásicos á sus tertulianos con un té y cuatro duros.

La ancianidad da muchos derechos y la que surcada de arrugas y cubierta de nieve ostentan los señores académicos es un inconveniente que se nos presenta para hablar de ellos. Las canas son una corona digna de respeto. Así pues, los ilustres viejos que se congregan en la calle de Valverde tienen que hacernos una merced: suponerse jóvenes por un cuarto de hora, mientras lean estas líneas si es que nos conceden tan alto honor, que no nos le concederán.

¿Qué ha sido de la Academia desde su fundacion? Por iniciativa del señor don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena, Felipe V la creó el dia 3 de octubre de 1714. Entónces empezaba el otoño, y la época de su orto fué símbolo de lo que había de ser la Academia en lo porvenir: una triste congregacion de personas devotas, tímidas en el escribir, ajenas muchas de ellas al peligroso vicio de la literatura, educadas en el respeto de lo clásico, y obstáculo de todas las innovacio-

nes, especialmente de las justas. Entre las listas de los primeros académicos resaltan los nombres de Squarzafigo, Pizarro, Casani, Dongo, Interian, Conning, y un marqués de San Felipe. ¿Qué gloria les deben las letras castellanas?

Leer la lista de los académicos que han venido ocupando las veinticuatro primeras sillas de que la Academia se compone, es trasladarse á los antípodas de nuestra gloria literaria. ¿Aquí están los Cervantes, Quevedo, Alarcon, Calderon, Lope, Tirso y Moratin? Pues allá están los Squarzafigos, Pizarros é Interianes. Diríase que se ha ido á buscar nombres oscuros, modestamente ocultos de la fama, llenos de una humildad cristianísima, que les ha movido á disfrazar su talento de manera que nadie le conozca. Los reyes daban el título de académico, como una charretera. Hubo en esa larga lista de gentes desconocidas persona que necesitó pedir á un abate amigo que le escribiese el discurso de recepcion.

Año tras año, durante más de ciento, la Academia Española celebró sus sesiones. A sus veinticuatro sillas hubo que agregar doce más. Treinta y seis señores académicos acudieron todos los juéves al salon de la calle Valverde. El teatro decaía, moría. La poesia se achabacaba. El arte languidecía y era cada vez más cerrado su horizonte. Apareció un hombre eminente, estudioso, erudito, que venia á resucitar las buenas tradiciones de la lengua, á infiltrar en el arte escénico el átomo de buen sentido que la escuela francesa había hecho entrar en sus obras. Este hombre era don Nicolás Fernandez Moratin. Y no ingresó en la Academia. ¿Por qué? El mismo lo dice bien claramente. Porque si la investidura académica es un honor sumo, no puede solicitarse ni implorarse.

Objetaba yo ayer á un académico con estas razones.

Y él me decía:

—Si son muchas las personas que merecen ser académicos, es natural que prefiramos á los que tienen entre sus virtudes la humildad: esto es, que guardemos nuestra preferencia para los que piden el favor.

A lo cual contestó Moratin muchos años ántes:

«Ninguno se mete á monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mí no me agradan los reglamentos de la Academia, y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de aquel cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas; no ha de facilitarle el favor ni la súplica... No puede concebirse absurdo más torpe que el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratase de pretender un estanquillo. Aún por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Cualquiera que repase la lista de sus individuos (exceptuando unos pocos) creará que está leyendo la de los hermanos del refugio.

Preciso es que los señores académicos, puesto que á ellos les ha de costar poco trabajo, modifiquen el sentido de las palabras, poniendo de acuerdo estas con lo que expresan. Buena ocasion se les presenta en la nueva edicion del Diccionario.

Hé aquí las modificaciones que es urgente hacer, después de la explicacion de los señores de la Academia.—ACADÉMICO.—Cargo que se obtiene por favor, se pide como una limosna y en cuya concesion no interviene la justicia.—VANIDAD.—Pecado en que incurriría Cervantes despreciando los consejos literarios de un memorialista.—Verdad que es gran demencia aspirar á que la Academia Española sea, como la francesa, un glorioso Olimpo. Hemos de contentarnos con que sea una Cofradía, especie de Senado de la Juventud Católica. El orgullo nacional puede acercarse al panteon número 26 de la calle Valverde á gritar:—Pensad en que teneis el deber de representar la inteligencia de España. Pensad en que cometeis una detentacion de gloria dando asiento entre vosotros á los que no lo merecen. Mirad que vuestras solemnidades seguirán siendo sucesos insignificantes, vuestros discursos la inspiracion de la adormidera, vuestra faena una estéril multitud de sesiones.—Pero en vano gritaría hasta enronquecer el orgullo nacional. En ese panteon todo está tan muerto que las sesiones de la Academia llegarán á llamarse «exhumaciones.»

* *

La aproximacion de los hielos hace pensar en el hogar y en la despensa.

Un lector me escribe proponiendo al público un pensamiento que no carece de originalidad é importancia. Dice el lector, que con motivo de las fiestas de Nochebuena podia celebrarse una Exposicion nacional de manjares delicados, en que entraran desde los pernils de Trévelez á las perunillitas de Córdoba, sin olvidar el ramo de la taberna jerezana y las cuevas de Cataluña. La idea, lo repito, es nueva y suculenta.

«España, dice no sin cierto patriótico orgullo mi corresponsal, es rica en aperitivos de la gula. Muchos productos de la despensa española que en el extranjero se desconocen, harian fortuna rápida. Créame V.; se trata de un asunto de interés nacional. El doctor Thebussen, que se ha ocupado con tanta sabiduría de la mesa y de la cocina española, está llamado á dar su opinion. Yo le emplazo á que la dé y desde luego adelanto esta idea: la mujer es la diosa del hogar... hasta cuando en él hierven los manjares. Ella está indicada para realizar este pensamiento. La junta de damas de honor y mérito puede promover esa Exposicion.»

Así dice el lector. Yo me limito á complacer sus deseos de publicidad y recomendar á la opinion esta idea, si es que yo puedo meterme en recomendaciones.

Y si el fallo es negativo... del juicio que emita el público despues de comer, apelo ante el público ántes de sentarse á la mesa.

* *

Pronto se inaugurará la Exposicion artístico-literaria de la Sociedad de escritores y artistas en el local llamado de las Escuelas de Aguirre.

Es la primera vez que los escritores exponen algo. Hasta ahora sólo han expuesto el pellejo.

* *

Las graves contiendas entre los abonados del Teatro Real y el empresario del coliseo han terminado con la decapitacion del Sr. Rovira.

Su sucesor Sr. Michelena ha cogido la cabeza de Rovira y se la ha enseñado al público.

Y el público ha aplaudido.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL DOMINGO EN LONDRES

Esta composicion no es ciertamente una caricatura, pero pertenece al género epigramático. Todos sabemos que Londres es la capital de mayor movimiento de Europa: sus tres millones de habitantes imprimen á las calles de la gran metrópoli una actividad, un bullicio, un aspecto que llamaríamos babilónico, si no tuviéramos la certeza de que Babilonia la decantada habria de parecer la ciudad más tranquila del universo comparada con la capital de la Gran Bretaña.

A pesar de lo cual, un dia cada siete, el dia del domingo, Londres se trasforma por completo: los protestantes santifican rigurosamente esta fiesta; el grande hormiguero de hombres y de vehículos desaparece por completo, cesa el rumor de pasos, ruedas y máquinas; y la ciudad toma el aspecto de una poblacion maldita, cuyos habitantes hubiesen huido de una peste asoladora.

Suspendida toda locomocion, interrumpido todo comercio, cerrados todos los establecimientos, sin funcionar todos los teatros, suspendida durante veinticuatro horas lo que pudiéramos llamar circulacion de la sangre en esemonstruo de las poblaciones modernas, reina en sus calles una soledad pavorosa, un silencio solemne, que imprime á Londres más que el carácter de un dia de fiesta, la gravedad imponente de un dia de muerte.

El autor del dibujo que publicamos ha exagerado, sin duda, el aspecto que en tales casos producen las principales vias londonenses, lo cual da á esta lámina el carácter epigramático que hemos dicho en un principio; pero resta averiguar si la costumbre inglesa es digna de la caricatura ó de la imitacion.

UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli

Nadie ha igualado á Giacomelli en dibujar aves; pero su mayor mérito no consiste precisamente en la reproduccion fiel de distintas castas de pájaros, sino en un don especial para hacer resaltar lo que deberíamos decir sus sentimientos íntimos, sus pasiones, sus alegrías y sus tristezas. Giacomelli, como Esopo, como Lafontaine, como Iriarte, ha hecho hablar á los animales.

Véase á esos pobres pajarillos ateridos de frio: la necesidad les ha obligado á buscar un refugio en la habitacion del hombre, que es su mortal enemigo. Si este llega á su choza, las pobres avecillas tendrán que rendirse á discrecion. Lo mejor que puede sucederles es que mueran de nostalgia en una jaula estrecha. Lo más probable, sin embargo, es que pasen al estómago del leñador, después de haber sido asadas en el fuego producido por las mismas ramas en que buscaron transitorio asilo.

A la vista de esta tragedia pajaril, tan bien expresada por Giacomelli, quisiera uno tener á su disposicion el sol y las espigas del mes de junio.

LA PLAYERA, dibujo por Llovera

La música popular no tiene notas más típicas ni más inexplicables que la playera. Es una melodía monótona, larga, difícilísima de representar en signos musicales; una serie de gorgoritos que cada *cantaor* ó *cantaora* ejecuta á su manera, según la siente, según el estado de su ánimo la determina, según la fibra á que corresponda en el corazon del que la entona ó en el oído del que la escucha.

La playera es un *cante* que tiene algo voluptuoso, como el quejido de la esclava del harem, y algo nostálgico como el suspiro del moro al perder de vista la incomparable Granada. Semeja algunas veces el susurro del céfiro que lleva palabras de amor al oído de la niña inocente; y otras veces es eco del huracan que blasfema ó prorrumpe en deprecaciones de exterminio y de venganza. Al salir de ciertos labios, sabe á queja de mujer que muere de deseo; y saliendo de otros labios femeninos adquiere la forma de un rugido de pantera celosa.

Siempre, á pesar de todo, la playera nos recuerda al árabe errante y sumido en sus pensamientos terribles, ó á la mora, cautiva en su propio domicilio, vagando su imaginacion por los más tristes espacios. Llovera, que ha sentido lo que otros cantan, ha simbolizado esa música en un tipo, y ahí está su *cantaora* de playeras, hermosa como una española, lánguida como una andaluza, apasionada como una africana, que parece estar diciendo:

—¡Oigame quien se sienta con valor para ello!... Mi endecha va recta al corazon, como la punta de un florete envenenado...

EL BONO DE LA CARIDAD

Es una pequeña composicion que tiene más mérito que tamaño.

Los tipos están bien escogidos, la actitud de las figuras es natural y el todo mueve á compasion hácia esas pobres criaturas sin más amparo que la caridad.

UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville.

Terrible es la guerra que los ingleses se ven obligados á hacer en Egipto. Un clima inhospitalario y unos habitantes más inhospitalarios, por lo general, que el mismo clima, imprimen á esa lucha un carácter especial y nada conforme con las exigencias de la civilizacion.

El dibujo que publicamos deja formar una idea de las condiciones excepcionales de esa guerra: todo es raro en ella, desde el país en que tiene lugar hasta la gente que en ella toma parte. Ese oficial que practica un reconocimiento en desierto terreno ¿va custodiado ó va vendido por su escolta? ¿Qué influirá más en su conducta, el brillo del oro inglés que tienta su codicia ó las predicaciones del Mahdí que exaltan su fanatismo patriótico y religioso?... A todo esto, cuando la noticia de un desastre llega á Albion, sus metalizados hijos se enteran de que las cajas del Estado se hallan repletas, y contestan flemáticamente: —¡Oh! ingleses quedan en Inglaterra.....

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

OCUPACION DE NUEVA YORK POR LAS TROPAS AMERICANAS

El dia 3 de setiembre de 1783 se firmaba en Paris el tratado de paz que ponía término definitivo á la terrible guerra sostenida por los ciudadanos de los Estados Unidos contra la nacion inglesa, en defensa de una autonomia que aquellos habian conquistado, no sólo con sus armas en el terreno de la fuerza, sino con sus virtudes en el terreno de la administracion y buen gobierno.

Los ingleses hubieron de evacuar mal de su grado las poblaciones en que eran ya considerados simples extranjeros, y en la mañana del martes 25 de noviembre, el inmortal Washington, con las tropas de los Estados Unidos á las órdenes del general Knox, y el gobernador Clinton escoltado por un cuerpo de caballería ligera de Westchester, avanzaron hácia la parte superior de la ciudad de Nueva York; y á eso de la una, segun se iban retirando los ingleses, los americanos penetraron lentamente en la ciudad, miéntras la autoridad civil tomaba posesion del Estado. El Norte de América quedaba redimido por sus hijos.

El grandioso cuadro que damos hoy á título de *suplemento artístico*, representa de una manera acabada el hecho de que hemos dado cuenta. El ejército americano, vestido de andrajos, cubierto de polvo, abigarrado, descalzo, avanza en correcta formacion, grave, imponente, sin petulancia, sin entregarse á transporte alguno de mal género, cual conviene á un ejército de ciudadanos que, en nombre de su derecho, han conquistado una patria. Esos son los ejércitos invencibles, esos son los que fundan, extienden y defienden los estados modelo, esos son los que merecen tener á su cabeza al gran Cincinato de los tiempos modernos, á quien el autor del cuadro ha legado al segundo término de la composicion, cual si expusiera hubiera querido hacer resaltar la nunca desmentida modestia del inmortal Washington.

EL FANATISMO DEL DIABLO

(Conclusion)

Dos semanas despues de la partida de los emisarios del coronel, un soldado trajo á este una carta del sargento comisionado, acompañada de un oficio.

La carta hablaba de las diligencias practicadas cerca de las autoridades fronterizas; el oficio estaba escrito en portugués y traducido literalmente al castellano decia así: «Señor coronel de caballería española, jefe del Regimiento de...»

»Figueira, á 20 de agosto del año de gracia y de la Constitucion, de 186.....

»Enterado de la comunicacion que se sirvió V. S. dirigirme, con fecha de... tengo la honra de participarle lo siguiente:

»Una mañana, á mediados del pasado mes de junio, unos boyeros y guardas del campo trajeron ante mi autoridad á un sujeto finamente vestido, pero con el traje recientemente destrozado; al cual habian hallado tendido en el campo, *pataleando* y haciendo gestos y contorsiones ridiculas.

»Preguntáronle, pero no profería más que palabras incoherentes, que no pertenecian á ningun idioma, presentando, en suma, todos los síntomas de la demencia.

»Condujéronle, como he dicho, ante mi presencia, atado, pues oponía resistencia, y registrado ante mí, no se le encontró papel ni documento alguno que pudiera identificar su persona; bien es verdad que de sus ropas, que debieran ser *prestigiosas*, sólo conservaba camisa, pantalones y calzado (todo perteneciente al estado civil), faltando levita, chupa y sombrero.

»Tenía las manos desolladas y en su ropa algunas manchas de sangre, que es de suponer proviniesen de aquellas.

»Á cuantas preguntas le hice, así como tambien varios

de los que estaban presentes, sólo contestaba cantando á gritos la cancion universalmente conocida por la de *Mamburú se fué á la guerra*; y en vista de estos signos evidentes de perversion de las facultades intelectuales, hice le ingresaran en el *grandioso* manicomio establecido en esta poblacion, que sea dicho de paso, puede competir con los mejores del mundo.»

XV

»En los primeros dias fué preciso aplicarle la camisa de fuerza, mas despues fué aquietándose hasta el punto de no necesitar ataduras; pero desgraciadamente al recobrar la tranquilidad cayó en un marasmo que puede clasificarse de idiotismo; miraba con extravío, tomaba el alimento maquinalmente, y sólo hablaba contadas veces para repetir las palabras que oía.

»Una noche se declaró en el Establecimiento un incendio que no tuvo grandes consecuencias, pero en la confusion que ocasionó el siniestro lograron evadirse tres dementes, entre ellos el de que me ocupo; el cual no pudo ser habido por más diligencias que se practicaron en su busca.

»Se supuso que habia atravesado la frontera, pues, aunque sin poder asegurarlo, parecia ser español; mas á fines del pasado mes fué hallado un cuerpo entre unos majales del rio Caya, que, como V. S. sabe muy bien, divide este reino de los Estados de S. M. C.

»He insistido en esta larga relacion por la razon siguiente: las señas personales del señor capitán D. Diego de Mendez-Cardona á quien V. S. busca, y las que se ha servido comunicarme coinciden en un todo con las del susodicho demente y ahogado. Desgraciadamente no ha sido posible comprobarlas, porque la tierra de un *enterramiento* ha completado la accion del agua y el largo tiempo trascurrido ha convertido el cadáver en un monton de despojos, informe.

»El mencionado demente era de regular estatura, esbelto y *bien hecho*, de fisonomia agraciada y *señoril* y ofrecia la particularidad de tener el cabello y bigote muy negros y los ojos azules.

»En atencion á estas circunstancias, me atrevo á afirmar que el señor capitán y el ahogado en el rio Caya eran una misma persona.

»Debo además participar á V. S., por si se relaciona con el hecho que investigamos, que algunos dias despues de la desaparicion del demente y ántes de ser hallado su cuerpo, recibí una comunicacion de mi digno compañero en autoridad, señor *Juez de vara (Alcalde)* de la Villa de Almujala, rogándome que coadyuvase á las diligencias que estaba practicando en un asunto judicial.

»Segun parece, en el término de su jurisdiccion, habíase encontrado una mañana poco despues de *la salva de los pájaros*, tendido en una cañada el cuerpo de un hombre muerto á consecuencia sin duda, de una profunda herida en el corazon ocasionada con arma blanca. Por cartas y papeles hallados al registrarle, resultó ser el señor Baron de Portbou; pero aunque tambien se le encontró un escrito firmado por él, demostrando su propósito de suicidarse y recomendando por lo tanto que á nadie se culpase de su muerte, como los facultativos que le reconocieron mostrasen dudas respecto á la causa ocasional de la herida, háse abierto informacion judicial.

»Posteriormente recibí un segundo oficio de dicho señor Alcalde de Almujala, en que me decia que el cuerpo del señor Baron de Portbou, reclamado por su viuda, habia sido trasladado á Barcelona.

»Sólo tengo que añadir á este relato que ni por mi autoridad, ni por otra alguna, que yo sepa, nada se ha averiguado con referencia á las desgracias de que he hablado á V. S.

»Si lo juzga conveniente, V. S. se servirá indicarme las gestiones que debo practicar en aclaracion de los hechos de que desea informarse, en la seguridad de que le complaceré con todo celo é interés.

»Entre tanto se declara *cautivo* y afectuoso servidor de V. S.

»El *Juez de vara* de esta esclarecida Villa de Figueira.

Josef de Palmera de Setubal.»

XVI

El coronel y D. Servando á quien aquel leyó el oficio antecedente, quedáronse consternados; pues, como con razon indicaba el Alcalde portugués, el capitán D. Diego y el ahogado en el rio Caya debieron ser una misma persona. Á fuerza de conjeturas trataron de establecer por induccion la verdad de los hechos.

El baron y el capitán se batieron sin testigos en la frontera y para irresponsabilidad del superviviente firmaron cada uno de por sí un papel simulando un suicidio. D. Diego tuvo la desgracia de herir por segunda vez, y ésta mortalmente, á su adversario; y la violencia de un dolor, extremando sus remordimientos, le privaron instantáneamente de las facultades intelectuales. Aunque no tan claramente, la falta de prendas en el traje del demente se explicaba por haber sido robado ó por esos actos extraños y extravagantes peculiares á la locura.

Esta version era la que más se aproximaba á la verdad. Pasados unos dias, regresaron por orden del coronel el sargento y soldados enviados á Portugal, sin haber averiguado nada.

La muerte casi segura de D. Diego impresionó hondamente al buen sacerdote, haciéndole pensar con más insistencia en la sobrina de la Vizcondesa de Sorel y en aquella no interrumpida serie de catástrofes, veladas todas

en el misterio. A poco corrió la noticia de que el facineroso Zamarrilla, descubierto y alcanzado en la serranía de Córdoba, habia sido muerto por la Guardia civil, al intentar la resistencia; y con esto, cuantos le achacaban la perpetracion del crimen de la fuente del bosquecillo, perdieron la esperanza de que éste se pusiera en claro.

Á D. Servando preocupábale especialmente la falta de noticias respecto á Eulalia y á Cleto.

La quinta de Fuente-Cantos habia sido vendida mediante escritura otorgada en Sevilla y firmada por Eulalia. El nuevo propietario despidió á Felipa y al jardinero, abonándoles un salario de tres meses por encargo de su antigua ama.

Esto era todo cuanto se sabia.

El sacerdote, cada dia más preocupado é inquieto, pensaba en los medios de averiguar el paradero de la desdichada huérfana. Cuando iba á dirigirse de oficio á las autoridades solicitando su intervencion, cayó repentinamente postrado en cama, con un violento ataque de reuma.

Apénas restablecido, murió de un aneurisma en el corazon.

Habíase establecido en Cáceres para cumplir el piadoso deber de cuidar á un hermano enfermo y decrepito, y éste, octogenario, fué quien le cerró los ojos al morir.

XVII

Han trascurrido cuatro años desde los sucesos antecedentes.

Muerto D. Servando, perteneciendo á un nuevo propietario la quinta de Fuente-Cantos, continuando envuelta en el misterio la causa sobre el asesinato de la Vizcondesa de Sorel, bien así como otras mucho mas célebres; lo probable es que en aquel rincon de Extremadura sólo se recordaran vagamente los extraños acontecimientos ya narrados.

Por un motivo ignorado, quizá por referencia de algun viajero, se dijo que Cleto habia pasado á Ultramar con objeto de hacer fortuna, y que la sobrina de la Vizcondesa estaba establecida en Madrid ó en alguna otra importante ciudad del Reino.

Con efecto, en Barcelona, en una casucha de vecindad situada en la plaza del Beato Oriol, vivía una jóven envejecida, á quien sus convecinos llamaban *la militar*, porque se decia que era huérfana de un general, la cual, á poco tiempo de establecerse allí, comenzó á dar pábulo á la chismografía del barrio por su género de vida y por sus rarezas.

No podia calcularse su edad con exactitud; pues si bien sus ojos tenian un brillo juvenil, su cutis amarillento y apergaminado presentaba el aspecto de la vejez. Era de corta estatura y de extremada delgadez, tosía frecuentemente, y su voz cavernosa hacia presentir alguna lesion en el pecho.

Usaba siempre un mismo traje: vestido negro de lana, pañuelo grande de idem y otro á la cabeza de los llamados de yerbas, todo esto muy deteriorado y lleno de manchas.

Habitaba en un cuarto del segundo y último piso de la casa, que tenia una ventana que daba al patio. Nadie entraba en su miserable vivienda, y sólo algunas vecinas curiosas, al atravesar el corredor, habian entrevisto, y esto muy raras veces, el mezquino mueblaje de aquel zaguami.

A principios de cada mes el cartero traía una carta certificada, y sólo por él se supo que *la militar* se llamaba doña Eulalia Alcaraz; pues ella se limitaba á saludar muy de paso á las personas que encontraba al subir ó bajar la escalera.

Una hora despues de amanecer, salía de su cuarto llevándose la llave; compraba pan, queso y algunas veces fruta, en una tienda al lado de su casa, llenaba un cántaro pequeño en la fuente de vecindad que hay en la plaza, y volvía á encerrarse en su habitacion hasta el dia siguiente.

A la caída de la tarde solía vérsela sentada á la ventana, cosiendo ó las más de las veces leyendo.

Estos tipos extravagantes y retraidos no son tan raros en provincia, pero *la militar* daba más ocasion á los comentarios, pues se suponía que como huérfana de general debia percibir una pension que la permitiera vivir con más holgura y decoro.

Una cosa, sobre todo, no la perdonaban las devotas del barrio: nunca, ni en los dias festivos, entraba en la iglesia que habia en frente de su casa.

XVIII

De dia en dia veíasela envejecer y arrugarse más. Su tos era casi continua, el brillo de sus ojos se iba amortiguando, y al subir cada mañana sus provisiones y su cántaro de agua, descansaba más veces en la escalera.

Los que la encontraban ó veían asomada á la ventana, notaron que hacia gestos y manoteaba, como si hablara consigo misma; y la vecindad, que ya la habia calificado de avara, añadió á este epíteto el de loca.

Una mañana de invierno (si puede decirse que hay invierno en Barcelona) *la militar* no salía de su cuarto, segun tenia por costumbre.

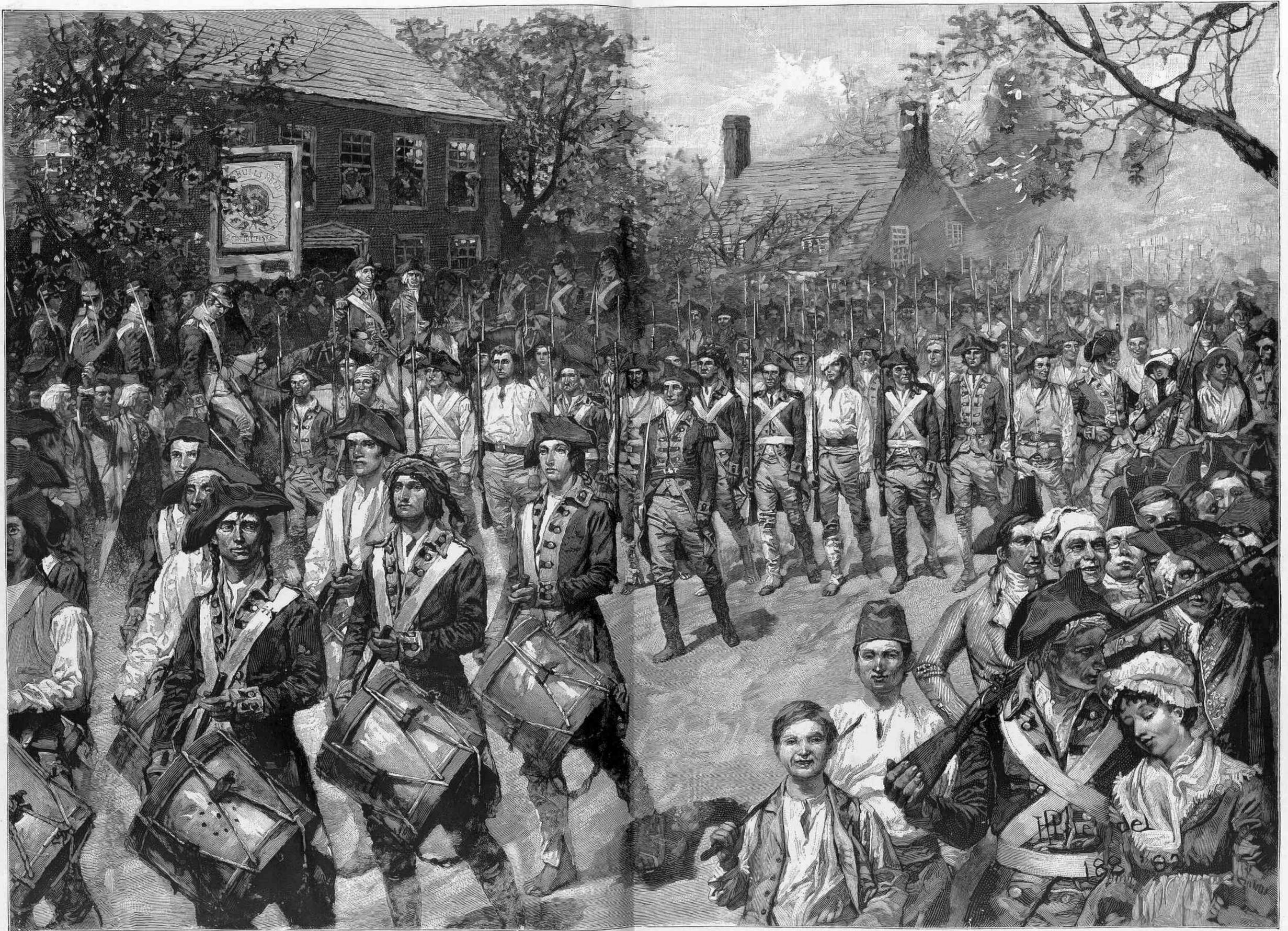
Los vecinos del patio lo extrañaron, así como tambien el tendero, en cuyo almacen solía comprar; pero nadie se preocupó: seria pereza, seria una nueva extravagancia, una mutacion de horas; cualquier cosa.

Supusieron que saldria más tarde, pero no salió.

Esperaron verla ántes de anochecer á través de los vidrios de su ventana, pero nada vieron.



UN REFUGIO, dibujo por Giacometti



OCUPACION DE NUEVA YORK POR LAS TROPAS AMERICANAS, 25 DE NOVIEMBRE DE 1783



LA PLAYERA, dibujo por Llovera

Durante el día, algunas vecinas curiosas habían escuchado á su puerta, mas no llegó á sus oídos ni el más ligero rumor.

Aunque en la casa estaban habituados á las rarezas de la *militara*, la noticia de aquel encierro tan prolongado corrió por la vecindad produciendo cierto sobresalto.

A las ocho de la noche, despues de haber vuelto á escuchar, llamaron á su puerta repetidas veces, pero nadie contestó.

Hubo un consejo de vecinos y determinaron dar parte al inspector del distrito, el cual se presentó con algunos agentes; y habiendo golpeado inútilmente á la puerta de la *militara*, mandó descerrarla y penetró en la habitación.

El mobiliario de ésta era lamentable: se reducía á dos armarios pequeños, tres sillas de paja rotas, una mesa coja y un cofre grande viejo.

En un rincón del cuarto había un catre de tijera con un jergon, y al lado dos mantas agujereadas, tiradas ó caídas en el suelo.

Sobre la cama estaba tendida la *militara* vestida, calzada, inmóvil y al parecer muerta.

Un médico, á quien se hizo avisar, declaró la defunción, que según él, databa de muchas horas.

Una vecina piadosa se ofreció á amortajarla con un hábito de San Francisco, y obtenido permiso del inspector, comenzó á practicar su caritativa faena, ayudada por algunas mujeres.

Entre tanto, el representante de la autoridad, los agentes y varios vecinos se habían salido al pasillo.

A poco tiempo oyeron exclamaciones de asombro y una de las mujeres que amortajaban á la difunta vino á avisar al inspector.

Doña Eulalia Alcaraz, la *militara*, era un hombre. Aquel sér tan miserable, que quizá había muerto de hambre, tenía debajo de los harapos que lo cubrían joyas magníficas cuajadas de brillantes.

El inspector, estupefacto, no atreviéndose á resolver por sí mismo, hizo reponer la cerradura, cerró y selló la puerta de la habitación y, dejando dos vigilantes, fué en persona á dar parte al Gobernador.

Algunas horas despues se hizo el registro de aquella, en presencia del Secretario del Gobierno civil.

XIX

Primeramente procedieron al reconocimiento del cadáver, el cual tenía tres pulseras en el brazo izquierdo y dos en el derecho, formadas de oro y piedras preciosas entre las que abundaban los brillantes; un collar de gruesas perlas que remataba en una magnífica cruz de diamantes; y en derredor de la cintura, á raíz de la carne, una canana estrecha de cuero, llena de monedas antiguas de oro de valor de cuatro duros, que ascendían á la cantidad de sesenta mil reales.

Al mover el cuerpo notóse que las dos sucias y haraposas almohadas sobre las que descansaba la cabeza, estaban fuertemente cosidas á la tela del jergon, cuya particularidad hizo que fuesen registradas, hallando en ellas, entre rellenos de lana y trapos, un sinnúmero de monedas de oro y muy especialmente millares de duritos de dicho metal; todo por valor de doce mil y tantos duros.

El cofre y los dos armarios que había en la habitación estaban cerrados, pero encontradas las llaves, que el cadáver tenía pendientes del cuello por medio de un grueso cordón de seda, fueron abiertos y también registrados.

El cofre contenía algunos libros y muchos papeles referentes á doña Eulalia Alcaraz, documentos de herencia y de propiedad, fées de defunciones y de bautismo, escrituras de venta, etc., etc.

En un doble fondo, y también en oro, había además otros veintitantos mil duros y una docena de cuchillos de plata.

Abierto uno de los armarios, halláronse doce tazas y platillos de plata, que sin duda completaban un juego de café, y unos cuantos montones de duros y de pesetas.

Pero el asombro de los registradores llegó á su colmo cuando abrieron el segundo armario. Era éste como de dos metros de alto, no tenía compartimientos, y en él sólo había una figura de talla, que parecía arrancada de algún antiguo retablo y que representaba el diablo con todos sus repugnantes atributos, sin que faltaran los cuernos, la cola y las pezuñas.

El príncipe de las tinieblas tenía á sus pies un Cristo yacente, que no pertenecía á la escultura, sino que había sido agrupado á ella por una mano impía; y apoyado en el brazo derecho, un papel escrito, al que no es posible dar nombre, pues sólo revela una de las innumerables fases de la perversión humana.

Aquel papel incoherente, era una pesadilla, una aberración, un delirio...

Decía así:
«Lucifer, portador de la luz, Luzbel, que lleva un astro en la frente, Satanás, condenado al fuego, ¿si existes, qué me importan tus nombres?»

«Existes, sí; la maldad humana me lo prueba: además, yo te siento en mí.

«Tú eres el espíritu del mal, del que vive la tierra; la síntesis de la creación; la explicación del destino del hombre sujeto al trabajo, á la miseria y á la muerte.

«Padre de los gusanos de la carne putrefacta, yo te saludo.

«¡Cuánto te adoro! ¡Con qué fruición me postro ante tí todos los días y beso tus pezuñas!

«Ese pedazo de palo que he puesto á tus plantas, representa todos los delirios de la humanidad abyecta y servil, de esa humanidad que bendice sus tormentos, que

lame su cadena, y que más baja que el esclavo, no se atreve á maldecir mentalmente á sus verdugos.

«Satanás, espíritu del mal; ¡cuánto bien me has hecho! Nací ilota y tú me inspirastes la rebelión.

«Mis días han sido felices y lo seré despues de la muerte. Temo la nada y casi deseo morir, porque presiento el divino horror que producirá este homenaje hácia tí, que dejo escrito.

«He deseado hacer mayor mal y no me he atrevido; el verdugo hubiera aniquilado mi vida y con ella mi pensamiento; y yo quería pensar en el mal hecho, pensando á la vez en tí.

«No me quejo de la parte que me ha cabido secundando tu misión. Tenía ansia de sangre y la he derramado por dos veces; experimentaba sed de oro y he robado dos fortunas: moriré teniendo por mortaja ese metal por el que deliran los hombres. Tú me inspiraste la concupiscencia de la carne y la he saciado en la mujer deseada; ha sido mía hasta despues de su muerte, pues usurpando su nombre, la estoy robando todavía.

«¡Gracias, Satanás, bendito seas! he saboreado el crimen en distintas sensaciones; todos mis deseos están colmados, gracias á tí.

«¡Ah! Todos no, quisiera ser tan inmortal como el mal, para hacerle; y mi cuerpo se va aniquilando, y la muerte, esa infame que abre las puertas del muladar del mundo, pronto las abrirá para mí. Dentro de poco seré impotente; pero me conforta la idea de que tú existirás siempre, y que tu semilla no se extinguirá en la tierra.

«He pensado una infamia ántes de morir y si la muerte no me sorprende, la llevaré á cabo. Vivo entre un baño inmundo de miserables apegados á la vida; haré que mueran conmigo, abrasados, convulsos de dolor; la hoguera que les destino lo consumirá todo, su carne y sus huesos, los míos, y hasta tu imágen cuya adoración ha sido la gloria de mi existencia.»

XX

Imposible sería expresar el horror que los precedentes renglones causaron en cuantos los leyeron. En ellos se revelaban crímenes consumados, y proyectos de otros, basados en el incendio de la casa en que murió aquel miserable sér; proyectos que afortunadamente debió estorbar una muerte imprevista.

El extraño escrito, sin duda por no estar terminado, no tenía al pié nombre ni firma.

Un segundo registro en los papeles, más minucioso que el anterior, no dió luz alguna; pues todos ellos sólo eran referentes á doña Eulalia Alcaraz y á su familia.

Sin embargo el hecho era tan extraordinario, que excitó el interés de la justicia.

Á fuerza de tiempo y de tenaces pesquisas se identificó el cadáver, y por inducción se reconstruyó la indagatoria del crimen del asesinato de la Vizcondesa de Sorel, indudablemente perpetrado por Cleto; mas nada pudo saberse respecto á Eulalia, cuyo nombre y estado civil había usurpado el infame servidor.

El triple delito de muerte, robo y violencia, que se deducía del extraño papel encontrado en la vivienda de Cleto, aunque existe proceso abierto, todavía continúa envuelto en el misterio.

El dinero y alhajas halladas, siguen en depósito, y hasta la presente nadie se ha presentado á reclamarlos.

El facultativo llamado á reconocer el cadáver de Cleto que es un distinguido médico alienista y que conoce el escrito dejado por aquel, en la segunda edición de su tratado sobre *La enajenación mental*, ha añadido á la nomenclatura ya conocida una nueva manifestación de la demencia clasificada con el nombre de *Fanatismo del diablo*.

RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

LA FERIA

—Pues ya han llegado las fieras, los cómicos, los novillos, los fenómenos y está el pueblo lleno de forasteros.

—Eso, eso, que vean que hay alegría y orden hermanado con ella y correlativamente y que sepan que el alcalde no se duerme en las pajas y sabe gobernar.

Esto decía el interesado, contestando al alguacil que era quien le avisaba de la llegada de todos los *personajes* anteriormente indicados.

En seguida empezaron los cohetes, y la banda ó bandada de profesores de viento, esto es, de profesores en instrumentos de metal, recorría las calles esparciendo fantasías sobre motivos de zarzuela y walses un tanto alemanes.

Los fenómenos [ó filómanos, como los denominaba el alcalde, á despecho del maestro de escuela, eran verdaderamente notables, y hubieran excitado la curiosidad pública no ya en aquel pueblecillo sino en una capital de provincia.

En un corral habían establecido el Museo.

«A perro chico la entrada, y con opción á hablar con los fenómenos, á perro grande.»

Así anunciaba el cartel, y al mismo tiempo el programa de la función.

«Primero.—Música por todos los señores fenómenos.

«Segundo.—*La mujer pantera*, hermoso ejemplar procedente del Aquarium de Nueva York y del Jardín de plantas de París, y viuda de un cacique indio.

«Fué aprehendida por un general del segundo Imperio.

«Ofrece la particularidad de tener la piel con manchas como las de la pantera, y en la espina dorsal tiene largas cerdas.

«Tercero.—*El hombre-oso*, con todo el cuerpo erizado

de pelo como los osos auténticos. Procede del museum Barnum de Nueva York, y ha sido cazado por un torista (torero) en los bosques de la Virginia.

«Cuarto.—*La mujer de fuego*, de M. Belot, que barnizada con petróleo é incendiadas todas sus ropas, resiste por espacio de quince minutos, sin quemarse.»

Y uno de los fenómenos con cuatro brazos, tocaba redobles en un tambor, y gritaba:

—¡Adelante, caballeros! Los fenómenos como la muestra, un perro chico; y hablando con nosotros, un perro mayor.

No faltaba en el público quien dijera:
—No doy yo por todos vosotros ni tan siquiera un perro recién nacido, haraganes.

Pero el corral se llenó de gente y los fenómenos recogieron más de cinco duros en tres funciones.

Los fenómenos eran notables en su clase.

La mujer pantera tenía al descubierto los brazos y las piernas, hasta los límites permitidos por el pudor.

Las manchas parecían naturales, y los señores del público, incluso el cuerpo municipal, juraban no haber visto caso semejante.

Ella saltaba imitando á las panteras, y la cara no la vendía, porque en clase de feas era de las más, y no carecía de semejanza con una fiera, aunque desconocida por los naturalistas.

Aullaba y fingía enfurecerse, y el caballero que la mostraba al público, decía:

—No exasperarla, porque es capaz de devorar á cualquiera.

—¿Y dende pequeñita es asina?—preguntaba alguno.

Y el domador respondía:

—No; era una criatura hermosa, pero la robaron unos bandidos y la soltaron en una selva y se volvió como la ven Vds.

—¿Y habla?

—Poco y en inglés, y nadie la entendería en el pueblo.

—Pues es como si no hablara,—replicó el alcalde.

Algunos concurrentes maliciosos creyeron que aquellas manchas eran pintadas, pero el domador les convenció de su error, diciendo:

—Si fueran pintadas, ¿cómo habrían de ser naturales?

Y el alcalde, el primero, afirmó:

—Es verdad, dice bien.

Y quedaron convictos los incrédulos.

El hombre-oso parecía efectivamente un animal, más ó ménos oso.

Le mostraba al público una señorita domadora, muy parecida á la joven-pantera, en opinión del maestro de escuela y de otros espectadores.

Ella manifestó que era hermana, aunque no se habían educado juntas.

Y el público no vió cuánta era la semejanza entre el domador de la pantera-señorita y el oso; porque más le habría extrañado esta segunda coincidencia.

—Sorprendido en los hielos del Polo Norte,—decía la domadora,—obedece á mi voz y baila, como verán los ilustrados espectadores que nos honran con su asistencia.

Y luego gritaba:

—¡John! ¡a bailar!

Y el oso bailaba.

—He oído,—objetó el boticario,—que los osos del Norte son blancos.

—Sí, señor,—replicó la domadora,—pero cambian de color cuando vienen al Mediodía.

—¡Ya! ¡qué rareza!

—Parece un hombre y no lo parece,—repetía muy pensativo el alcalde.

Y despues añadía:

—¡No sabe uno en qué va á venir á parar en este mundo!

La mujer de fuego produjo verdadero entusiasmo en la muchedumbre.

Cuando levantaron la cortina, apareció ya ardiendo, con la cara cubierta y metida en un saco.

—¡Basta! ¡basta! ¡que se va á freír!—gritaba la concurrencia.

Corrieron la cortina y algunos segundos despues se presentó la domadora del hombre-oso, á manifestar su reconocimiento al público por los aplausos que le tributaban.

—¿Es V. la mujer que arde?

—Yo misma,—respondió al alcalde la domadora.

—¿Y no se quema V. ni náa?

—Ya lo ve vucencia,—contestó la señorita.

—Parece eso á modo de brujería y estoy tentado por soplar á todos estos titiriteros en la cárcel.

Pero los consejos de las personas cultas y el buen efecto que el tratamiento de «vucencia» había producido en el ánimo de la primera autoridad del pueblo, salvaron á los fenómenos de un disgusto grave.

—Con los que no he de tener piedad,—dijo el alcalde,—ha de ser con los cómicos: en cuanto se escurran...

¡Pobrecillos! tampoco la tuvo el público, porque no pudieron dar función por falta de ingresos en el despacho de billetes.

Ocurrió lo que les había pronosticado el posadero:

—¡Venir aquí á buscar dinero! y habiendo ya otros fenómenos tan güenos en el corral de la seña Lina! Tiempo perdido. No sacan Vds. ni media peseta.

Y que eran más listos los otros fenómenos, como decía el posadero.

Como que, llegada la noche, y para librarse de pagar el gasto que habían hecho en la posada, reunieron todos sus equipajes, que los llevaban «á la mano», y salieron precipitadamente gritando:

—¡Fuera! ¡fuera! ¡déjenlos que muerden!
 Era que escapaban la pantera y el oso, y nadie se atrevió á salirles al paso.
 Así es que en su casa no ha vuelto á recibir el posadero á *felómeno* alguno, y cuando le hablan de ellos se irrita.
 En el pueblo le conocen desde aquella burla, por el mote de *El tío Felómeno*, pero no habria quien se atreviera á decirselo en sus barbas, porque seria capaz el posadero de reventar al chusco que lo hiciera.
 El alcalde no ha podido explicarse aún, si *la mujer de fuego* era mujer ó pelele.
 Y es que á los hombres más grandes suelen dar qué pensar las más insignificantes trivialidades.

EDUARDO DE PALACIO

NAVIGACION AÉREA

Aparatos más pesados que el aire

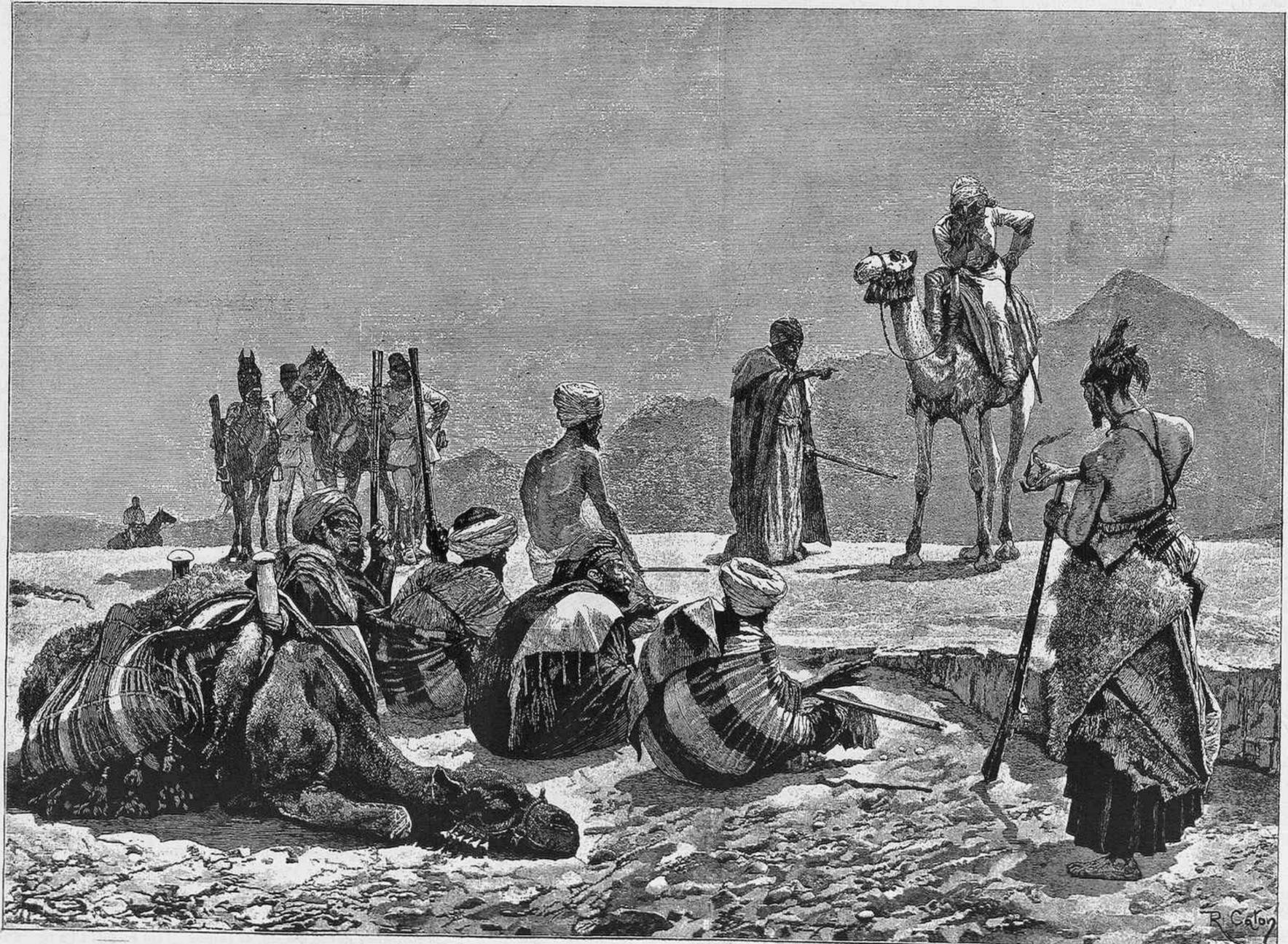
El problema de la navegacion aérea que tanto preocupa al público desde los experimentos de Chalais-Meudon y del taller aerostático de Auteuil, ha sido tambien causa de que en la actualidad se reproduzcan todas las cuestiones que tienen relacion con la navegacion aérea y entre ellas la de los aparatos *más pesados que el aire*, dignos en verdad de estudio y discusion.
 El hábil constructor M. Víctor Tatin ha publicado con este motivo un artículo en una de las más acreditadas revistas de Paris, del cual creemos oportuno reproducir los principales párrafos, por las curiosas noticias que contiene acerca de los aparatos en cuestion.
 De tres modos se ha buscado, dice M. Tatin, la solucion científica del problema: valiéndose de helicópteros ó grandes hélices de ejes verticales; de la imitacion del vuelo de las aves, y finalmente, de los aeroplanos ó cometas, dirigidas por hélices de ejes horizontales.
Helicópteros.—El primer helicóptero que pudo sostenerse ó elevarse á los aires lo construyeron Lano y Bienvenu en 1784, en cuya época lo presentaron en la Academia de Ciencias; un arco de ballena le proporcionaba la fuerza motriz necesaria. Pero como no se habia dado, ni con mucho, con una solucion práctica, trascurrieron más de tres cuartos de siglo sin que dicho aparato recibiera per-



EL BONO DE LA CARIDAD

feccionamiento alguno. Entónces fué cuando el ingenioso experimentador A. Penaud lo modificó acertadamente reemplazando la ballena con un hilo de goma ó cautchuc retorcido, habiendo dado aquel aparato un resultado tan superior al primitivamente obtenido, que se le pudo con-

siderar como un invento nuevo; si bien debe confesarse que, á pesar de los esfuerzos de Penaud y de otros experimentadores, fué imposible sacar algun resultado práctico del helicóptero, y la pequeña máquina no pasó de ser un juguete curioso.
 En la figura 1 representamos uno de ellos. Bajo la accion del resorte de cautchuc, la hélice gira y remonta el juguete á algunos metros de altura.
 El único aparato de este género que se ha construido desde entónces y que haya dado un resultado de alguna importancia es el helicóptero de M. Forlanini. Hízose el ensayo en escala algo mayor; se sustituyeron los resortes con una máquina de vapor muy ligera, cuya caldera consistia en un recipiente lleno de agua á elevada temperatura. El aparato pesaba en su conjunto tres kilogramos y se remontaba al aire cuando la máquina desarrollaba la fuerza de un cuarto de caballo de vapor, ó sea un caballo por doce kilogramos de peso. A pesar de todo el interés que ofrece semejante experimento, no puede dejar de observarse que el peso disponible era bien exiguo relativamente al considerable trabajo exigido á la máquina; y no obstante el parecer contrario de muchas personas, demostraremos sin dificultad que con la hélice se pueden obtener efectos mucho más favorables. Los experimentos en que nos basamos se hicieron con hélices que, por su construccion misma, no tenían el máximo de fuerza de sostén, ni estaban construidas, como las de M. Forlanini, teniendo en consideracion un retroceso de 100 por 100.
 En efecto, se ha de estudiar rigurosamente toda hélice, teniendo ante todo en cuenta el objeto á que se la destina; así es que como en el helicóptero la hélice es al mismo tiempo un plano de sostén, se la debe asimilar á una superficie que se mueve horizontalmente y en la cual por consiguiente la resistencia al movimiento sea á la fuerza elevadora como el seno es al coseno del ángulo formado por este plano con el horizonte. Si se construyera pues esta hélice de paso suficientemente corto y de superficie considerable, se podría, teóricamente hablando y llevando las cosas al extremo, levantar un peso indefinido con la fuerza mínima; á lo cual sólo pondrian limitacion las resistencias pasivas y los frotamientos.
 Cuando por el contrario, una hélice está destinada á tener cierta traslacion en el sentido de su eje en lugar de



UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville

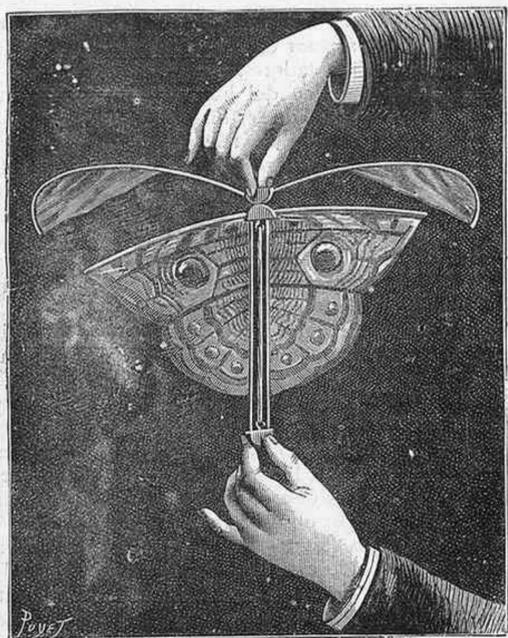


Fig. 1. — HELICÓPTERO

permanecer inmóvil ó poco ménos, se le puede dar un paso más largo, porque entonces funciona en el aire bajo un ángulo tanto menor cuanto menor es también el retroceso, con lo cual se encuentra en tan buenas condiciones como una hélice de paso muy corto cuyo retroceso fuese de 100 por 100. Suponemos que los detractores de la hélice no han comprendido esta condición.

Sea de ello lo que quiera, parecemos que el sistema helicóptero tiene muy poco porvenir, á causa de la extraordinaria ligereza de que sería preciso dotar á construcciones inmensas cuyas partes estarían en su casi totalidad en movimiento. Además, cabe dudar qué velocidad de traslación se obtendría, porque aquí sólo se podría emplear un medio, el de inclinar los ejes de rotación de las hélices: valerse de hélices secundarias sería indudablemente una complicación con relación al uso del aeroplano. Aparte de esto, ¿cuál sería la inmovilidad relativa de la barquilla suspendida de los ejes de dos hélices que giraran en sentidos contrarios? Cuestiones son estas que todavía no han tenido solución.

Aves mecánicas.—Al hombre ha debido parecerle siempre la imitación de la naturaleza el medio más racional de resolver artificialmente los problemas que merced á dicha imitación ha resuelto; y tenemos una prueba de ello en algunas fábulas mitológicas cuyo origen se ha perdido en la oscuridad de los tiempos. Ninguna de las tentativas hechas posteriormente ha dado un resultado positivo y hoy no estamos mucho más adelantados que en la época de Arquitas de Tarento.

Débanse asimismo á A. Penaud los primeros resultados importantes obtenidos en esta vía, la más ardua que pueda escogerse para que tengan feliz éxito los aparatos más pesados que el aire, y aquella en la cual más atraso se nota. Cuando Penaud logró hacer volar un aparato diminuto valiéndose del caucho retorcido, este experimento excitó mi emulación y quizás fui yo uno de los experimentadores más empeñados en perseguir un resultado definitivo. Muchos años duraron mis investigaciones, durante los cuales construí un crecido número de aves mecánicas de todos pesos y tamaños, desde 6 decigramos hasta más de un kilogramo, dándoles en este último caso más de dos metros de punta á punta de ala. Siempre apli-

qué el resorte de caucho á los modelos más pequeños; pero varié hasta lo infinito la forma y extensión relativa de las alas, y el número y amplitud de los aletazos; comparé las ventajas y los inconvenientes del uso de alas de aves ó de quirópteros, y obtuve por fin resultados á los que nadie ha podido llegar, pero siempre empleando una gran fuerza, poco en relación con el efecto conseguido. En seguida quise conocer todo lo exactamente posible el valor de este consumo de fuerza excesivo, construyendo máquinas de aire comprimido destinadas á sustituir al caucho, aparatos que fueron los mayores de cuantos he sometido á prueba y merced á cuya extraordinaria ligereza pude dotar á un ave mecánica de hasta casi diez veces su peso en kilogramos por segundo.

Después de innumerables modificaciones y reconstrucciones totales ó parciales, los resultados fueron tan menguados que tuve que desistir de la lucha, á lo ménos por este camino. ¿Quiere esto decir que el ave mecánica sea una máquina de imposible realización? No: no debo deducir de mis tentativas frustradas que no se pueda hacer cosa mejor; pero tampoco induciré á nadie á que lo intente con objeto de conseguir un resultado práctico en aeronáutica. Los movimientos sobrado complejos del ala de un ave durante su vuelo son muy difíciles de imitar, y si la naturaleza se ha valido de ellos, es porque los órganos de estos seres no podrían prestarse útilmente á otros movimientos más sencillos de los cuales dispone la mecánica, por ejemplo, el movimiento rotatorio. Quizás se suponga, en todo caso, que he sido un mal mecánico: contra esto no tengo nada que decir, pero de lo que sí he llegado á convencerme, á fuerza de tiempo y de dinero, es de que la imitación de la naturaleza no tiene más interés que hacernos comprender mejor los medios que ha empleado. Creo inadmisibles construir un ave mecánica para aplicarla á la navegación aérea, del mismo modo que á nuestros padres no se les ocurrió construir la locomo-

miento de traslación unas hélices propulsoras. Nadie que yo sepa, había obtenido buenos resultados de los aeroplanos antes que Penaud, el cual empleó también el caucho retorcido para poner en movimiento estos pequeños aparatos tan sorprendentes por la sencillez de su mecanismo. Por desgracia, este ingenioso experimentador tan sólo ha construido tipos de aeroplanos de reducidas dimensiones, pues la muerte debió impedirle que los realizase en grande escala.

Hacia la época en que Penaud adoptaba definitivamente el aeroplano como el método más á propósito para dar resultados prácticos, continuaba yo estudiando aparatos basados en la imitación del vuelo de las aves. Abrí por fin los ojos á la evidencia, y penetré en la vía que desde entonces no he cesado de seguir. No tardé en felicitarle del cambio, por cuanto, ya desde mis primeros ensayos los resultados fueron satisfactorios.

Construí un pequeño aeroplano de unos 7 decímetros cuadrados de superficie remolcado por dos hélices que giraban en sentido contrario: el motor era una máquina de aire comprimido análoga á una maquina de vapor cuya caldera estaba reemplazada por un recipiente relativamente grande y de 8 litros de capacidad; no obstante del poco peso de que me era dado disponer, conseguí dotar á este recipiente de la solidez suficiente para que pudiera resistir, al probarlo, más de 20 atmósferas; en mis experimentos la presión jamás ha pasado de 7, y su peso no era más que de 700 gramos. La maquina, que desarrollaba una fuerza motriz de 2,6 kilogramos por segundo, pesaba 300 gramos, y por último, el peso total del aparato, montado sobre ruedecillas, era de 1'750 kilogramos (fig. 2); todo este conjunto se remontaba con la velocidad de 8 metros por segundo, aunque las resistencias inútiles fuesen casi iguales á las motivadas por la abertura del ángulo formado por los planos con el horizonte.

Hízose la prueba en 1879 en el establecimiento militar

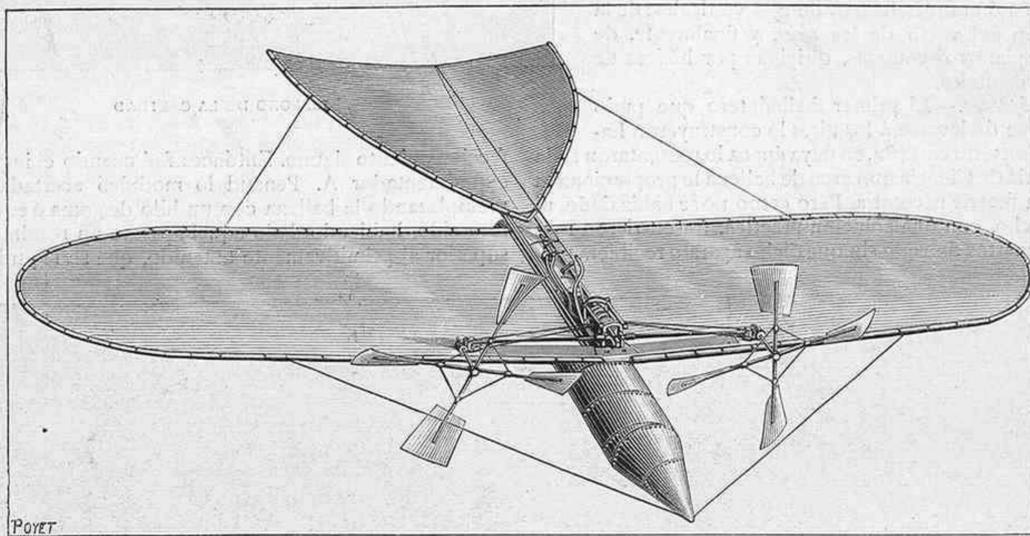


Fig. 2. — AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN CON SU MOTOR Y SUS HÉLICES

tora sobre el tipo de la liebre ó del antílope para imitar la ligereza de estos animales.

Aeroplanos.—Designase con este nombre unos aparatos de invención reciente, pues el primer proyecto racional que de ellos se publicó es el de Henson, y sólo data de 1842. El tipo por él presentado es el que siempre se ha reproducido después.

El principio de este aparato consiste en mantener en el aire un gran plano al que comunican un rápido movi-

de Chalais Meudon. El aeroplano, sujeto con un cordel al centro de una plataforma circular de madera, daba vueltas al rededor de la pista, y pudo remontarse al aire y áun pasar una vez por cima de la cabeza de un espectador (fig. 3).

En vista de este resultado, he formado el proyecto de estudiar con este aparato las ventajas ó los inconvenientes del uso de planos más ó ménos extensos, de ángulos más ó ménos abiertos, y por último de velocidades diferentes en cada caso; pero no me lo permitió la escasez de mis recursos y he debido contentarme con indicar el programa de mis experimentos sin poder realizarlo por mi mismo.

El experimento de que acabo de hacer mención corrobora mis previsiones, y hoy creo poder trazar las principales líneas de un aeroplano sin temor de incurrir en grave error. En un aeroplano, lo mismo que un globo, la resistencia á la traslación crece como el cuadrado de la velocidad; y por consiguiente la fuerza motriz deberá también crecer como el cubo de esta velocidad; pero como, para un ángulo dado y que se supone invariable, el empuje de sostén y la resistencia á la traslación estarán siempre en la misma relación, el peso disponible aumentará con el cuadrado de la velocidad, de suerte que acerca de este punto se tienen más ventajas que con el uso de los globos.

En cambio hay que notar que con el sistema aeroplano, las grandes construcciones sólo proporcionarán la ventaja de poder obtener motores relativamente más ligeros y más económicos.

Es indudable que los primeros ensayos que se pudieran hacer con aeroplanos serían de corta duración. Tengamos pues desde luego aspiraciones modestas. Si conseguimos que una máquina aérea funcione solamente una hora, media hora siquiera, con la velocidad de quince metros por segundo, el progreso realizado será inmenso, y áun pudiéramos decir que el problema quedará enteramente resuelto. Dado este primer paso, no dejarán de venir los perfeccionamientos que indique la experiencia; los motores nuevos serán objeto de investigaciones seguramente fecundas, y la humanidad se encontrará por fin en posesión del ingenio más poderoso de cuantos ha podido imaginar.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

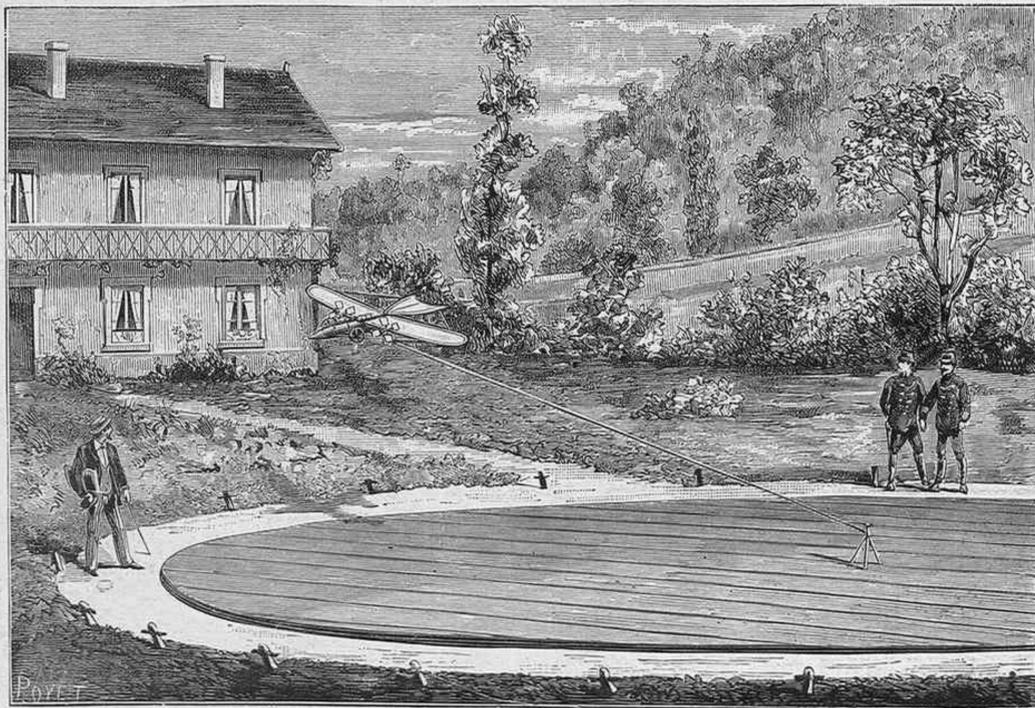


Fig. 3. — EXPERIMENTO DEL AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN, EJECUTADO EN 1879 EN LOS TALLERES MILITARES DE CHALAIS-MEUDON